

PARTE LITERARIA.

TEATRO.

DIÁLOGO.

*el sistema clásico, seguido constantemente por los autores de este siglo, les ha quitado mucha parte de su fuerza para valer con desahogo y producir con profusión. — QUINTANA, introducción a la poesía castellana del siglo XVII.*

*El viejo. — Prosigamos. El joven. — Examinemos.*

He aquí todo el siglo XIX. — S. S. S. S. S.

A medida que la civilización derrama sobre la tierra su benéfica influencia, se van desvaneciendo las antiguas preocupaciones, y desaparecen aquellas líneas divisorias, tan facinoras de esqueletos y de despojos humanos, que la heredia y el jirón de las ropas levantaron para separar las naciones unas de otras, como elementos de opuesta naturaleza. A las antipatías llamadas nacionales, que antes nutrian en sus pechos sus respectivos moradores, va sucediendo la consoladora convicción de que el interés de los unos no es tan opuesto al de los otros, como querían hacerles creer. Antes, cada pequeño estado, cada provincia, cada ciudad, consideraba como enemigo á todo el que se hallaba fuera de su pequeño círculo; creía que no podría medrar sino á costa suya. Hoy, al contrario, vemos á los pueblos interesarse vivamente en la suerte de sus vecinos; y haciendo diariamente notables progresos la tolerancia de opiniones y creencias (tolerancia que un día pudo parecer virtud; pero que ahora va cambiándose en necesidad), estrechase por momentos los lazos que al fin, no lo dudémos, formarán de la Europa, del mundo entero, con el transcurso de los siglos, una gran familia en que habrá sin duda discordias, porque así es la naturaleza humana, pero que no será alzarse en su seno millones de hombres para hacerse pedazos por el capricho de un ambicioso, ó por un falso y mal entendido punto de honor. Así, pues, lo que antes se llamaba nacionalidad, va cediendo el terreno por momentos á un interés mas inmediato, mas positivo. Las cruzadas no serian posibles en el siglo en que vivimos. Hasta ahora se ha dicho la *nación*: en adelante se dirá la *humanidad*.

Hemos entrado en esta aclaracion, para que no se interprete de un modo inesacto la palabra *nacional* en nuestra boca, y no se crea que nos sirve de divisa para ensalzar las cosas de nuestra patria, encubriendo á todo trance sus defectos, y rechazando los extranjeros, aun cuando nos ofrezcan mayores ventajas. Esto no sería amor nacional; sería estupidez ó mala fé.

Creemos, sí, que cuanto pertenece esencialmente al país que le ha visto á uno nacer, tiene cierto encanto indefinible para toda alma dotada de alguna sensibilidad; porque despierta en ella mil dulcísimos recuerdos de los primeros años; porque inspira cierto orgullo, noble si se funda en la perfeccion que se encuentra en dicho objeto, parecido, si carece de ella, al amor de un padre que rodea á su hijo de mil prestigios que no tiene. Pero esta parcialidad, que para muchos es una ilusión y hasta un goce real y positivo, al paso que en otros solo es espíritu de partido ó deseo de aparentar á poca costa virtudes patrias, debe ceder siempre al interés bien entendido. Pocos habrá que con mas facilidad que nosotros hallen poesía en la cosa mas trivial, en un calcan, por ejemplo, con su gótica estructura, su traqueteo convulsivo, y su mula con una corona de campanillas: este mueble, tan estrambótico y tan incómodo, nos inspira no obstante ideas risueñas; nos parece un símbolo de la alegría de nuestros padres, de un día de toros ó de San Isidro. Sin embargo, no por eso dejáremos de desear que en su lugar se introduzcan los mas cómodos, aunque extranjeros cabriolé. Los hechos deben prevalecer antes que las ilusiones.

Pero si en nuestra patria tenemos un uso, una invencion, una cosa cualquiera, si no superior al mismo igual á la que en el mismo

ramo poseen los extranjeros, ¡deshorémolos despreciar lo nuestro para adoptar lo ajeno! ¡Desterráremos de nuestros jardines una plan-

hermoso granado, por ejemplo, con sus poéticas flores, para plantar en su lugar un árbol del Norte, nacido entre los yelos y ásporo y desabrido como ellos para nosotros, aun cuando ofrezca alguna leve ventaja su material! Como objeto de curiosidad pasará; pero como cosa de uso sería absurdo. Aconsejar que se estudie el latín para conocer las joyas que los autores romanos nos dejaron en sus libros, es en extremo razonable; pero exigir que solo hablásemos en dicho idioma, sería un precepto tan ridículo como despreciado de todos.

Nosotros tenemos un carácter nacional, generoso, activo, osado y caballeroso en su grado. Un español se distinguía en medio de los extranjeros, no diríamos que solo por sus prendas relevantes (esto fuera una presunción ridicula), sino porque aunque no osenta de defectos, como todas las cosas humanas, tenía una fisonomía física y moral, peculiar á su país. Esta se ha adulterado, sucediendo á nuestras antiguas preocupaciones otras nuevas acaso mas perjudiciales. Hemos perdido nuestras virtudes tradicionales, sin adquirir del extranjero otra cosa que los vicios.

Teníamos una literatura nacional, rica en verdadera poesia, admirada del mundo entero y servilmente copiada por nuestros vecinos traspirnáticos. Pues bien: en pocos años cambió la medalla de tal modo, que abandonando una poesia que tan regulados frutos habia producido en nuestro suelo, de tropezon en tropezon fuimos á caer en una fría imitación de los autores de la corte de Luis XIV, superiores, sin duda, á los nuestros en pulidez, cultura y esacitud filosófica; pero por mas que algunos digan, mil veces mas pobres de imaginacion, mas estériles de genio.

No trataremos de determinar la parte que en esta mudanza ha podido tener la irresistible fuerza de las cosas. Sabido es que cuando se apagó en el trono de España el último vástago de la dinastía austriaca, se hallaban nuestras letras en un estado de completa decadencia. Sobrevino luego la terrible guerra de sucesion que se terminó con la subida al trono de España de un príncipe francés, que trajo las modas, costumbres y etiquetas de la corte de Versalles. Esta, entonces en el colmo del poder, y adornada de una infinidad de hombres emicentes en todos ramos, ejercía en toda Europa por su ilustracion una influencia moral tan grande, como el ascendiente que sus armas le procuraban. La moda introducía los usos franceses, y hasta su lenguaje en casi todas las naciones, en que pocos años antes solo se copiaban los trages y los autores españoles. Nosotros, á la sazón, no teníamos ningún establecimiento próspero en nuestra patria. La guerra, sobre todo la civil, conmueve la sociedad hasta en sus cimientos, y todo lo sacude y todo lo desploma como las tert monos. Restablecida la paz se empezó á restaurar lo que el tiempo ó las tormentas habian derribado. Los artistas que en esta obra nos ayudaron, nos dirigieron, fueron franceses: todo debió tomar necesariamente cierto aire afrancesado. Esto nos sucedió cabalmente con nuestra literatura, cuyos restauradores adoptaron por modelos á Racine, Corneille, Boileau y otros de la misma escuela.

Que abandonásemos momentáneamente nuestra verdadera literatura nacional, la que crearon Lope de Vega, Calderon, Moreto y otros varios, por la francesa, nada tenía de extraño; porque la superioridad de esta última en unos momentos en que, por decirlo así, nosotros no teníamos ninguna, y las demás causas que hemos indicado, debían producir este resultado. Pero que pasados los momentos de desórden y trastorno, y hechos los primeros ensayos de imitacion, que han sido hasta

continuar por una senda extraña, siguiendo ajenas huellas y andando á paso de enano, en vez de pasar en volver adonde Calderon y no se conciba; y acaso algunos de los que han sido honrados despues con el título de grandes hombres, hayan contribuido eficazmente á tan triste resultado. . . .

No se puede negar que los que emprendieron la restauracion de nuestra literatura, prestaron en efecto importantes servicios, desterrando el malísimo gusto que á fines del siglo XVII la infestaba. Pero, en nuestro concepto, enyeron en un error muy grave y de harto fatales consecuencias. Mas dispuestos á hallar y aun á exagerar los lunares, que á apreciar las bellezas de nuestros antiguos dramas, los eschuyeron de la buena literatura, creyendo que el único género susceptible de perfeccion era la tragedia griega, imitada por los franceses; y desde entonces nos hicieron abandonar una planta enteramente nacional, y que, bien cultivada, habria adquirido un desarrollo y una sublimidad de que tal vez no tenemos idea.

Incalculables males ha originado el pedantismo, y uno de los mayores ha sido el empeño de anteponer las reglas al genio, y de oprimirlo y ahogarlo con ellas. Y esto es aplicable, á las bellas artes en general, por la íntima relacion que tienen todas entre sí. Determinados ciertos modelos fijos, ciertos tipos invariables, se ha impuesto la obligacion de imitarlos, y de no traspasar de modo alguno los límites que ellos establecieron; haciendo muy poco, ó por mejor decir, ningún caso de la invencion y la originalidad, que son, no obstante, la primera condicion de toda obra buena. Y lo peor es que los tipos que los criticos han propuesto por modelos invariables, son de tal antigüedad, que es en extremo difícil entenderlos bien, y por decon tanto casi imposible imitarlos. De aquí han resultado copias de copias. Siendo corto, cortísimo, el número de los que pueden leer á Sófoeles ó Eurípides, con algun fruto, han tenido los mas que valerse de intérpretes y recurrir á Racine; y es de observar que Racine es á los poetas griegos lo que una copia tal vez fría y afeminada, es á un original lleno de vigor y lozania; lo que un cortesano de Versalles con peluca, hebillas y perfumes á un héroe espartano; lo que un fuego artificial á una erupcion del Vesubio.

Nada hay ciertamente mas útil que el espíritu de análisis que nos induce á indagar los motivos del placer ó del disgusto que nos causan los objetos que se ofrecen á nuestra vista ó á nuestra contemplacion. De esto análisis pueden y suelen resultar grandes verdades. El es quien ha producido las reglas, verdades que se comunican á los que carecen aun de experiencia para saber el rumbo que han de tomar y los escollos de que han de huir; así como en las ciencias esactas se da una fórmula sacada á fuerza de mucho cálculo y trabajo, y que el hombre mas estúpido puede emplear con la mayor facilidad. Reglas hay, ciertamente, porque, como acabamos de decir, son consecuencia de hechos que existen; querérlas negar, pues, sería una pretension absurda. Pero no nos parece menos absurdo querer multiplicar su número al infinito, y sacando consecuencias de consecuencias, formar un código, una medida con que juzgar pronta é irrevocablemente las creaciones del genio.

Pues esto es cabalmente lo que se ha pretendido hacer en nuestros días; y determinando el código, el último escolar ha podido, con él en la mano, condenar á todo un Calderon al desprecio de los rutinistas. Cualquiera que vaya á las aulas, podrá ver con harta frecuencia disecados nuestros mejores autores, y analizados los átomos que componian sus cuerpos, sin contemplar la proporcion y gallardía del conjunto, ni hacer caso de la vida y robustez de que se hallaban dotados. Levada al mas alto punto la manía de los preceptos, así subdivididos, así

pensar y de hablar en un sinnúmero de secciones en que se pierde y marca el entendimiento, y que cuando mas, enseñan á conocerlo (y tal vez á conocerlo mal) que en el momento) sin inspirar un gusto sólido á lo bueno, ni mucho menos enseñar á producirlo. El discípulo sacará las mas de las veces de las obras elementales que le hacen estudiar, un desprecio no pequeño á nuestros autores españoles, de quienes se extraen todos los defectos cuyas muestras se le enseñan para que sepa evitarlos, y una admiracion sin límites hacia los escritores griegos y latinos, que solo le han sido citados para hacerle ver bellezas, de que no le es fácil penetrarse, y cuyos defectos, á veces grosorosos, no han tenido á bien comunicarle sus mentores. ¡Y esto es generoso! ¡Y esto es útil! En buena hora hagan ver á los principiantes los escollos que deben evitar; pero no les presenten constantemente á nuestros mejores autores como ejemplos solo de lo malo, cuando con tanta frecuencia los ofrecen de sublimes ó incomparables bellezas.

¡O se dirá acaso que su reputacion colonial fué usurpada, y debida mas bien al mal gusto de la época y á la parcialidad de sus compatriotas, que á su mérito verdadero?... La Harpe y Voltaire lo han dicho así luego así debe de ser. Pues bien; volvamos nuestros ojos hacia la Alemania, y veamos lo que allí se hace, oigamos lo que de nuestros poetas se dice.

Las prensas germánicas, en el día, ginen sin cesar reproduciendo á millares las producciones de Calderon, Moreto, y otros, y en especial del primero, de quien se han hecho recientemente en Leipzig dos grandes y magnificas ediciones, sin contar un número considerable de otras, menos lujosas, y completas. Los hermanos Schlegel, el baron Otto de la Malsburg, Buermann y otros literatos, no menos célebres, creen ocupar dignamente el tiempo, trasladando á su idioma estas obras de que tan poco caso hacemos nosotros; y raro es el día en que no se lean en los carteles del teatro de Dresde el nombre de Calderon. ¡Y incháremos de parciales á los alemanes! ¡O achacaremos tal vez este entusiasmo á un capricho pasajero de la moda! Sea como quiera, mucho debe honrarnos que un pueblo que posea, ó hace pocos años ha perdido á un Lessing, un Schiller, un Goethe, á Herder y Wieland, dé tanta importancia á las producciones de nuestros poetas. Sin duda no serán tan malas como algunos pretenden.

Y en verdad que no sabemos cómo explicar el silencio que en las obras elementales escritas recientemente para la instruccion de nuestra juventud, se ha guardado acerca de la gran discusion que divide en dos bandos á todos los literatos modernos; division que, á la verdad, va desapareciendo por instantes, aunque no enteramente al gusto de los preceptistas. Hablamos de las dos escuelas á que se ha convenido en dar los nombres de *clásica* y *romántica*, denominaciones vagas, absurdas, y enteramente arbitrarias.

La primera tiene por legisladores á Aristóteles y Horacio; y el sinnúmero de retóricos y gramáticos que los han anotado, comentado, analizado y exprimido hasta el punto de hacerles decir lo que jamas pensaron, son los fiscales de este tribunal, intolerante por esencia, y que pretendo abrogarse el privilegio de la infalibilidad. Ha formado un código clasificando los delitos en que puede incurrir un escritor, y dando fórmulas para producir obras de formas sumamente regulares, sin ninguna monstruosidad, tersas y apacibles como el agua de una laguna, aunque sean como ellas, sin transparencia, insípidas y prosaicas.

Los llamados románticos, admitiendo muchos de los principios sentados por Aristóteles y Horacio, ya por ser verdaderas reglas de buen gusto, ya por ser tan evidente su ec-